

POR QUÉ GANA EL CAPITALISMO

ANTONIO NÁJERA SARAIVA

(Tomado de la columna «DESDE LA MONTAÑA». Prensa Libre, agosto 25 y 27, 1970).

Ante la pugna existente entre los dos sistemas económicos, capitalismo y socialismo, un buen número de personas hemos ya tomado una decisión en favor de uno o de otro. La decisión es la consecuencia de la observación de lo que más resultado ha dado, para alcanzar los fines de la actividad económica. Desde luego que tomar partido requiere esfuerzo y estudio, porque los fenómenos económicos, como casi todos los fenómenos sociales, no se dan aislados y no todos tenemos las mismas metas, ni concebimos el fin de la vida de la misma manera. Al evaluar un sistema u otro se mezclan los criterios y la preferencia puede ser a consecuencia de ventajas en aspectos que no se relacionan con la economía.

Además, el fenómeno económico en sí mismo puede tener consecuencias de todo orden, en especial en el campo de la política. A la inversa, un cambio de factores en cualquier otro aspecto del amplio campo de lo social y aun de lo que va más allá, afecta inevitablemente a la economía. Fenómenos tan inocuos como la minifalda (o la maxi) pueden transformar profundamente a la industria de la costura y un accidente telúrico es capaz de ocasionar pérdidas económicas incalculables (además de los otros daños).

Por otro lado, el socialismo, que fundamentalmente sostiene la preeminencia del grupo sobre el individuo, tiene interpretaciones sociales de todas clases. Es decir, que el criterio de la mayor importancia de la sociedad sobre sus componentes puede servir para elaborar teorías de todo orden y para hacer interpretaciones de toda clase de hechos. El mayor éxito del socialismo como teoría económica se ha alcanzado en el campo de la política. Vino a darle una justificación «científica» y hasta «moral» al predominio indiscutible del grupo que manda sobre los demás habitantes de una nación. Antes los reyes recurrieron al derecho «divino», ahora los comisarios y tecnócratas (gauleiters, decían los alemanes) divinizan al Estado (como encarnación de la sociedad) con el mismo objetivo: dominio político absoluto sobre una pretendida base moral irrefutable.

Ahora bien, el socialismo político y el económico ensamblan perfectamente, mucho mejor que el capitalismo y la democracia. Si se acepta por principio que el grupo predomina sobre el individuo y que, por lo tanto, es perfectamente «natural» y hasta deseable, manipularlo para alcanzar los fines que se le asignan al Estado, el socialismo económico no tiene más que poner los principios de la economía al servicio de la política para llevar a una sociedad a una meta determinada. O, por lo menos, para intentarlo...

Bueno, pero, ¿cuáles son las metas de lo económico? ¿Adónde se dirigen todas esas acciones humanas que tienen intención económica? En primer lugar, cuando escogemos algo para comprarlo y venderlo (por ejemplo) llevamos a cabo una valoración de dos acciones. Esta valoración es actualmente muy sencilla, gracias que hace mucho tiempo se inventó, o tal vez se descubrió la moneda, y casi todo lo que tenemos que saber para determinar lo que nos conviene es sumar y restar. Cuando compramos, lo que tiene el

menor precio es mejor para nosotros y cuando vendemos es preferible el mayor. Como más es mejor, trataremos de reunir muchas diferencias positivas en todas nuestras acciones que tengan consecuencias económicas, lo cual se manifiesta en el mundo moderno con una acumulación de moneda (o su equivalente en bienes de todas clases) que se ha denominado riqueza. Si todas nuestras actividades económicas van a producir (si somos hábiles) una adición de moneda o, por el contrario, una disminución de la misma (si no somos hábiles) y a las etapas máximas de acumulación o disminución les llamamos respectivamente riqueza o pobreza, el fin (los fines son siempre positivos) de la actividad económica no puede ser otro que la producción de riqueza.

Sin embargo, como la actividad económica no se da aislada y el mismo acto puede valorarse con diferentes criterios (vitales, estéticos, morales, etc.) surge nueva confusión cuando se juzgan estos dos sistemas económicos (capitalismo y socialismo). Olvidándonos que únicamente deben de ser evaluados como mejores o peores en función de su propio fin (la producción de riqueza) queremos juzgarlos en función espiritual o con cualquier otro criterio y caemos en una profunda confusión. Afortunadamente, el hombre no necesita de ningún auxilio para saber qué es lo que le parece mejor o peor, sabe ya, hoy y siempre, que la riqueza es mejor que la pobreza y encamina sus acciones para alcanzar dicho estado de bienestar. Esto no quiere decir que no puede sacrificar su riqueza, aunque le haya costado increíble esfuerzo, porque moralmente le parezca mejor donarla a un hospital (por ejemplo), pero esto no afecta en nada ni las características ni los fines de la economía, sino que destaca que para ese individuo (como para muchos), en su escala de valores, es mejor desprenderse de la riqueza para disfrutar de la felicidad que es el resultado de saber ejecutar las acciones que son mejores en el ámbito de la moral.

Y aquí es donde de nuevo gana el capitalismo económico. No hay más que echar un vistazo al globo terráqueo para darse cuenta que los países más ricos son, precisamente, aquellos que se han acercado más a una organización político-social de tipo capitalista. ¡Bueno, y Dios es grande y bondadoso! Si los rusos fueran capitalistas, con los inmensos recursos de todas clases de ese enorme país, hace ya mucho tiempo que hubieran dominado al mundo...

POR QUÉ ES PEOR EL SOCIALISMO

- II -

En la parte anterior se demostró que para producir riqueza, que es el fin de la actividad económica (según se dedujo), es mejor el capitalismo. Desafortunadamente, no basta la riqueza para resolver todos los problemas humanos, como lo han descubierto para su irritación aquellos que hicieron barbaridades para acumular dinero... El fin de la vida es más complejo, pero generalmente se admite que consiste en alcanzar la felicidad, y aunque la definición de la misma aún se discute, casi todos sabemos cuándo estamos felices, ¡y más aún, cuándo somos infelices!

Si todos o casi todos, consideramos que el fin de la vida es la felicidad, es claro que la mayor parte de nuestro esfuerzo se encamina hacia conseguirla. En efecto, supeditamos todos los objetivos intermedios al fin último y los vamos adaptando para obtener el resultado que nos interesa. Desde luego que la falta de precisión en el concepto de lo que es felicidad produce mucha confusión y eso da lugar a una serie de equivocaciones que dan el

resultado contrario: la infelicidad. De todos modos, si convenimos que la felicidad es el «estado de ánimo que se complace en la posesión de un bien», claramente la colocamos dentro de las cosas inmateriales, dentro los modos de ser, estar y sentir, que son (entre otras cosas) fenómenos psicológicos. Estamos, nos sentimos en la posesión de un bien. Si fuera un bien material susceptible de valoración en unidades matemático-económicas y su magnitud fuera considerable, este estado se llamaría riqueza. Además, como la felicidad (igual que la riqueza) es un estado positivo, nos produce agrado o bienestar en grados superiores o máximos. Si no es bien económico tiene que ser de otra naturaleza. ¿Será estético o será vital? ¿Será el gozo de lo bello o el disfrute de la salud? No puede ser un bien estético, una cosa bella o una obra de arte, porque la emoción intensa del goce de la belleza es algo agradable, pero que no es completamente felicidad. Tampoco será algo pertinente a lo vital, porque la buena salud da una sensación o múltiples placeres de diferente intensidad, pero que no pueden considerarse totalmente como felicidad. Si no son ninguno de estos bienes sólo quedan los morales, o sea, las buenas acciones. La conducta moral se disfruta, por lo tanto, ejecutando buenas acciones y complaciéndonos de sus resultados. Luego, como si dijéramos acumulando éstas, se alcanza, se está en estado de, o se siente felicidad.

Pero la buena conducta presupone como condición fundamental la existencia de libre albedrío, de la posibilidad de poder escoger dentro de varias posibilidades. Esta oportunidad de manifestarse en uno u otro sentido, según lo indique nuestra sensibilidad para lo mejor (moralmente hablando) y nuestra natural preferencia por lo positivo, está presente siempre y nos acompaña fatalmente ya sea que seamos humildes campesinos o tufosos funcionarios. Lo importante de las buenas acciones es que sean escogidas en la soledad de nuestra propia conciencia. Allí donde no penetran las presiones del exterior y donde calladamente se pesan en la balanza de la sensibilidad ética, colocándolas en el platillo de nuestras cualidades (que nos impulsan a lo positivo) o en el de nuestros defectos (que nos jalen en sentido contrario) y donde decidimos la ejecución de aquellas que nos parecen mejores. Es obvio, desde luego, que los dos factores resultan de primordial importancia para ejecutar buenas acciones y alcanzar la felicidad: posibilidad de actuar (o más bien, multiplicidad de posibilidades) y libertad para ejecutar.

Y aquí volvemos al punto de partida. Para alcanzar la felicidad dentro de la sociedad, que constantemente está organizada política y jurídicamente de una u otra manera, serán mejores los sistemas que aumenten las posibilidades de actuar y aquellos que faciliten, o como se dice generalmente, garanticen la libertad de ejecutar. De esta manera se traslada la conducta moral y el logro de su consecuencia, la felicidad, al lugar que le corresponde, en el ámbito de lo íntimamente personal y se realiza totalmente el individuo como tal, asumiendo la completa responsabilidad moral de su actuación.

Y ahora ya no hay que hablar mucho, porque salta a la vista que los sistemas democráticos que garantizan las libertades dan mayores posibilidades de acción sin cortapisas, y el principio de que «es permitido todo lo que la ley no prohíbe» asegura que la responsabilidad de actuar moralmente queda en manos de los individuos. En el socialismo político, la tendencia a sacrificar al individuo en aras del grupo legaliza, autoriza «moralmente» la limitación arbitraria de posibilidades de actuar y luego, como consecuencia del mismo principio, se impulsa a actuar a las personas de manera determinada. Limitado el número y clase de actos y relevado de sus consecuencias (porque buena cantidad se tornan

obligatorios) el individuo tiene menos posibilidades de realizar acciones buenas, morales y, por lo tanto, de alcanzar la felicidad.